

Helmut K. Anheier, Andrea Roemmele

El Q-ing de Occidente

Project Syndicate, 11 de septiembre de 2020.

BERLÍN - El surgimiento del culto de extrema derecha QAnon en Estados Unidos ha llevado el pensamiento conspirativo a la vanguardia de la política global, particularmente ahora que el presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, ha ofrecido sus propios elogios indirectos al grupo. Si bien el signo "Q" se ha convertido en una vista familiar en los mítines de Trump, su aparición en Europa en agosto fue un shock y una llamada de atención para las democracias liberales en todas partes.

Mientras los activistas de derecha que asistían a las manifestaciones antigubernamentales en Berlín mostraban sus propias Q, algunos agitadores afirmaron que el propio Trump acababa de aterrizar en la ciudad para tomar el control. Y el evento tomó un giro verdaderamente desagradable cuando varios cientos de personas irrumpieron en las escaleras del Reichstag (la sede del parlamento federal de Alemania), ondeando la vieja bandera imperial alemana con una "Q" insertada. Otro giro extraño fue la aparición del devoto activista estadounidense contra las vacunas Robert F. Kennedy, Jr. (el hijo descarriado del candidato presidencial demócrata asesinado en 1968 y sobrino del presidente estadounidense John F. Kennedy).

Entre muchas otras afirmaciones absurdas, los partidarios de QAnon creen que Trump está involucrado en una lucha épica contra un círculo mundial de pedófilos de élite liberales que extraen sangre de niños para extender su propia longevidad. La proliferación del bulo junto con la continua difusión de "noticias falsas" patrocinadas por Rusia probablemente no sea una coincidencia. Las principales plataformas de redes sociales de hoy en día están inundadas de afirmaciones infundadas, incluidas acusaciones sobre planes secretos tramados por los chinos, los iraníes o el "Estado profundo" estadounidense para difundir COVID-19 intencionadamente.

Como mínimo, tal desinformación distrae de problemas reales y siembra confusión. Y, en el ecosistema de información actual, la difusión de las teorías de la conspiración amenaza con erosionar aún más la confianza de la gente en las instituciones establecidas, socavar la confianza en la democracia e incitar a la violencia. Por lo tanto, contener tales "teorías" se ha convertido en un asunto de creciente importancia, incluso de urgencia, en las democracias del mundo.

Las variedades de Crankery

Hay al menos algunas formas de combatir la proliferación de teorías de la conspiración y de reducir el impacto dañino de aquellas que se extienden más allá de los márgenes. Pero para aprovechar los métodos disponibles y diseñar nuevas respuestas, los responsables de la formulación de políticas necesitarán comprender mejor el problema.

Si bien las teorías de la conspiración han existido durante milenios, la facilidad y la escala de su difusión hoy en día no tienen precedentes, principalmente debido al auge de las redes sociales, donde la información y las ideas sin filtrar se pueden difundir sin costo alguno. Las teorías de la conspiración más populares de la actualidad han encontrado hogares acogedores en sitios web como 4chan y 8kun (anteriormente 8chan), y también pueden

difundirse sin obstáculos en plataformas importantes como Facebook, llegando a decenas de millones de personas. Como resultado, atraen la atención de los principales medios de comunicación y políticos, entre ellos Trump, que respalda abiertamente la desinformación que favorece sus propios intereses.

El peligro sistémico que plantea el pensamiento conspirativo es fundamental. Sin al menos algún acuerdo sobre los hechos en los que basar el debate político, la democracia no puede funcionar. Y sin al menos algunos estándares probatorios, no puede haber una base empírica compartida.

Sin duda, las mentiras (declaraciones que el hablante sabe que son falsas) y la desinformación (las falsedades se propagan involuntariamente) siempre han formado parte de la trama y la urdimbre de la política, al igual que las afirmaciones que caen en lo que el filósofo Harry Frankfurt calificó de "tonterías". "Los hechos se seleccionan cuidadosamente para servir a una agenda en particular. Pero rara vez los debates políticos han estado tan alejados de las verdades ampliamente aceptadas como lo están hoy. En cambio, las emociones o visiones del mundo preexistentes determinan casi por completo las posiciones políticas sobre cualquier tema, lo que las hace esencialmente incontestables. No puede haber un debate constructivo, ni siquiera coherente, basado en una mezcla de mentiras, desinformación y tonterías.

“Las teorías de la conspiración utilizan narrativas emocionalmente potentes que inmediatamente suenan como verdaderas para aquellos que ya tienen ciertas suposiciones. Cuanto más se filtran en la conciencia pública, más fortalecen las divisiones sociales y una visión del mundo de ‘nosotros contra ellos’. La definición académica formal del fenómeno, escribe Joseph E. Uscinski, editor de *Conspiracy Theories and the People Who Believe Them*, es: ‘una explicación no verificada de eventos o circunstancias pasados, presentes o futuros que cita como factor causal principal un pequeño grupo de personas poderosas que trabajan en secreto por sus propios intereses y contra el bien común’”.

En otras palabras, estas no son "teorías" en ningún sentido científico. Más bien, son fabricaciones basadas en afirmaciones de verdad que no pueden ser verificadas ni tampoco refutadas. Para los no creyentes, pueden parecer extravagantes, inverosímiles y sin sentido; pero, para los devotos, engendran un sentido de pasión y conexión dentro del grupo que puede convertirse fácilmente en un fervor casi religioso.

Por supuesto, algunas teorías de la conspiración son inofensivas. Los muchos cuentos sobre extraterrestres y encubrimientos gubernamentales (un incidente OVNI en Roswell, Nuevo México, ha cautivado la imaginación de los *conspiranoicos* durante décadas) entran en esta categoría. Pero otras pueden tener y han tenido graves consecuencias en el mundo real, lo que ha llevado a realizar acciones violentas de justicieros o extremistas, o a la erosión de la confianza pública en periodistas y medios de comunicación, escuelas y universidades, expertos de todo tipo e instituciones en general.

Las teorías del "Nuevo Orden Mundial", por ejemplo, acusan a varias instituciones (la Reserva Federal de los Estados Unidos, las Naciones Unidas, la Unión Europea, Israel, etc.) de gobernar secretamente el mundo en nombre de una pequeña cohorte de "villanos", que incluyen invariablemente a George Soros y Bill Gates. Estas teorías tienden a ser innecesariamente complejas y llenas de contradicciones, logrando su mayor impacto cuando son lo suficientemente flexibles o vagas como para adherirse a ideologías y

posiciones predominantes. Eso es precisamente lo que ha hecho QAnon con los republicanos de Trump en Estados Unidos, los populistas europeos y los antisemitas. Al infiltrarse lentamente en el discurso público, estas teorías siembran sospechas y se vuelven cada vez más corrosivas políticamente.

Pero las teorías de la conspiración también pueden causar daño físico directo, como ocurre con los anti-vacunas que amenazan imprudentemente la vida de niños inmunodeprimidos, o propiciando la aparición de asesinatos en masa como el supremacista blanco noruego Anders Behring Breivik. Cuando los verdaderos creyentes interpretan una teoría de la conspiración como un llamamiento a la acción, se sienten justificados para cometer actos violentos, como lo hizo el tirador de "Pizzagate" en EEUU, en 2016. Así sucede también con algunas teorías de la conspiración, en particular aquellas en las que "los judíos" acechan detrás cada recesión, guerra y epidemia, generando una violencia que se ha convertido en un fenómeno recurrente a lo largo de la historia.

Un problema viejo y difícil

Históricamente, las teorías de la conspiración tienden a ser más frecuentes en tiempos de cambio, y particularmente durante crisis a gran escala o períodos de profunda incertidumbre, como la pandemia actual. Pero, como demuestran Russell Muirhead y Nancy L. Rosenblum en su libro de 2019, *A Lot of People Are Saying*, las teorías de la conspiración también han evolucionado. Mientras que las del pasado ofrecían explicaciones alternativas de eventos y tendencias, el nuevo *conspiracionismo* se sirve principalmente de afirmaciones descaradas con aún menos consideración por los hechos o la coherencia.

En estas condiciones, la insinuación, la calumnia y el absurdo parecen surgir de la nada, a menudo por razones que no están claras. En lugar de estar dirigidos a objetivos específicos, aparentemente su propósito es fomentar la desestabilización política por sí misma.

Quizás porque las teorías de la conspiración contemporáneas son tan fluidas, los creyentes son un grupo diverso. Un reciente estudio del Centro de Investigación Pew encuentra que entre los adultos en Estados Unidos, los relativamente propensos a creer las teorías de conspiración incluyen no sólo a los blancos, con menor nivel educativo y conservadores, sino también a los hispanos y a los afroamericanos. Lo que estos grupos demográficos comparten es la exposición a altos niveles de incertidumbre económica y a una falta de instancias políticas que los representen. Muchos, en cada grupo, albergan la creencia de que alguna fuerza anónima controla sus vidas, y su posición precaria en la sociedad los convierte en presa fácil de los propagandistas.

¿Qué se puede hacer? En un artículo de 2009 para el *Journal of Political Philosophy*, Cass R. Sunstein y Adrian Vermeule, de la Universidad de Harvard, propusieron cuatro medidas que los gobiernos podrían tomar contra las teorías de conspiración falsas y dañinas: prohibirlas, gravar su difusión, apoyar el contra-discurso e infiltrarse en sus fuentes. Pero ninguna de estas opciones es muy prometedora.

Prohibir las teorías de la conspiración significa en última instancia una censura gubernamental sistemática, que ignora una línea que la mayoría de las democracias liberales se negarían a cruzar. La imposición de impuestos a las teorías de la conspiración también implica una violación de la libertad de expresión, sin mencionar que, en la práctica, tal impuesto sería difícil o imposible de hacer cumplir.

La contrainformación patrocinada por el gobierno evitaría las violaciones de las libertades civiles, pero también podría ser contraproducente, al prestar aún más atención a la falsedad original o al reforzar la creencia de los conspiradores de que el Estado está involucrado en un encubrimiento. E infiltrarse en grupos y foros en línea conlleva riesgos similares.

Claramente, las teorías de la conspiración constituyen un problema perverso. Los gobiernos democráticos que quieren limitar el efecto de tal desinformación pueden hacer poco bien y mucho mal. Los formuladores de políticas deben recorrer un camino estrecho entre la regulación legítima y la censura; entre gravar la libertad de expresión y regalar un eco gratis a los teóricos de la conspiración; y entre el peligro de parecer indiferente y el de parecer demasiado activo.

Pero, ¿qué debería preocupar más a los responsables de la formulación de políticas en primer lugar? Ciertamente no deberían perder el sueño por las teorías sobre invasiones extraterrestres. En cambio, sostienen Muirhead y Rosenblum, los responsables de la formulación de políticas deberían centrarse en tres características de las teorías de la conspiración que justifican actuar contra ellas. Así, contienen incitaciones a la violencia; acusaciones de traición contra contendientes políticos legítimos; y expresiones de desconfianza en la experiencia.

Estos son criterios razonables. En la mayoría de las democracias, de hecho, las tres categorías ya están cubiertas en gran medida por la ley de responsabilidad civil o las normas y reglamentos contra la calumnia, la difamación y la incitación a la violencia. Pero, ¿por qué, entonces, persiste el problema? Responder a esa pregunta requiere reconocer que el gobierno es en sí mismo parte del problema.

¿Quién está mirando a los detectives?

David Coady, de la Universidad de Tasmania, ha señalado que muchos expertos anti-conspiracionistas imputan erróneamente buenas intenciones a los gobiernos, cuando deberían apreciar que los funcionarios públicos, particularmente los políticos, tienen sus propios motivos para actuar indebidamente. Trump es un ejemplo de ello. No solo no tiene ningún interés en salvaguardar la credibilidad de las instituciones establecidas, sino que durante mucho tiempo se ha basado en las teorías de la conspiración, desde QAnon hasta el "birtherism" (la falsa afirmación de que el expresidente estadounidense Barack Obama no es ciudadano estadounidense).

Yendo aún más lejos, Uscinski sostiene que los políticos en realidad se encuentran entre los mayores proveedores de teorías conspirativas y de conspiraciones reales. Como afirmación general, esto es, como mínimo, difícil de corroborar. Pero Uscinski señala muchos ejemplos en EEUU que explicarían por qué la población estadounidense se ha preparado para el pensamiento conspirativo. Estos incluyen el robo de Watergate en la década de 1970; el escándalo Irán-Contra en la década de 1980; el asunto Whitewater en la década de 1990; las afirmaciones infundadas sobre las armas de destrucción masiva de Saddam Hussein a principios de la década de 2000; y el rescate de bancos y empresas demasiado grandes para quebrar tras la crisis financiera mundial de 2008. La era actual del *birtherism* y QAnon no ha crecido en un vacío histórico.

Los llamamientos a una mayor moderación por parte de los políticos, aunque necesarios, distan mucho de ser suficientes. Los incentivos son demasiado fuertes y las oportunidades demasiado frecuentes para esperar que los políticos se abstengan de la retórica conspirativa.

Al fin y al cabo, los gobiernos democráticos se encuentran en una posición difícil, especialmente en época de elecciones.

Un enfoque, por supuesto, es no hacer nada, bajo el supuesto de que las teorías de la conspiración inevitablemente continuarán emergiendo, extendiéndose y eventualmente serán reemplazadas por otras. Pero una opción más prometedora es centrarse en el papel que han desempeñado las tecnologías digitales y las redes sociales para aumentar la potencia de las teorías de la conspiración. Esto requiere un enfoque completamente nuevo, basado en tres componentes distintos pero mutuamente dependientes: mejor monitoreo, gobernanza independiente y aplicación activa de la ley. Con un organismo independiente puede existir la posibilidad de reducir la proliferación y la viralidad de las teorías de la conspiración hasta el punto de que ya no sean materialmente dañinas para la confianza de la gente y las instituciones democráticas.

Un mejor monitoreo en este contexto significa una investigación sistemática, integral y continua de los sitios web, incluidos los canales de redes sociales y los medios de comunicación, para detectar, evaluar (verificación de hechos) y rastrear teorías de conspiración emergentes. En EEUU y en algunos países europeos, un protocolo de este tipo podría seguir el modelo de NewsGuard, una empresa privada que afirma indagar al "95% del compromiso en línea con las noticias".

El "Monitor de conspiración" (CM) que imaginamos (una versión más pequeña del que ya existe en Francia) sería independiente, altamente profesional y se pondría en práctica en una escala y alcance adecuados para la tarea. Como entidad privada con o sin fines de lucro, emplearía a cientos de expertos, todos los cuales estarían comprometidos en salvaguardar su reputación como organización seria, independiente y fiable que trabaja al servicio del interés público. La financiación del CM provendría de las cuotas pagadas por las empresas de redes sociales e Internet, que comparten un interés en combatir el contenido dañino para evitar litigios, acciones regulatorias y atentados contra el honor. Estos "clientes" llegarían a ver el CM como una forma de seguro que protege sus modelos comerciales.

El CM utilizaría la última tecnología para evaluar las teorías de conspiración detectadas y denunciadas, y desarrollaría y mantendría una "prueba de fuego" metodológicamente sólida para responder a tres preguntas: ¿La teoría alimenta el odio, divide a la sociedad o incita a la violencia? ¿Busca deslegitimar a los opositores políticos con acusaciones infundadas de traición u otros delitos? ¿Fomenta la desconfianza generalizada en la experiencia y la formulación de políticas y la administración basadas en hechos sin evidencia, erosionando así la base del debate público?

Si la respuesta a cualquiera de estas tres preguntas es sí, la teoría de la conspiración se clasificaría como dañina. Esta etiqueta no solo serviría como una especie de "aviso a los padres". Además, implicaría acciones civiles, sanciones y ejecución. Los sitios web que se consideraran perjudiciales se cerrarían, los sitios relacionados con ellos se supervisarían y se identificarían públicamente. En los casos en que exista una amenaza inminente de violencia o reincidencia, se puede informar a las autoridades legales correspondientes.

El segundo componente principal de un CM eficaz es la gobernanza. Dada la naturaleza altamente politizada de muchas teorías de la conspiración, el CM debería estar por encima de toda sospecha como organización neutral *por excelencia*. Por lo tanto, debe estar

gobernado por una junta de expertos externa e independiente, CM Trust, que funcionaría como una organización sin fines de lucro. El CM Trust estaría a un paso de las tareas operativas del CM y se le confiaría una sólida función de supervisión. Para asegurar su independencia, el fideicomiso debe tener una dotación suficiente, inicialmente aportada por los clientes, pero administrada por separado.

El CM, junto con el CM Trust, actuaría como tutor público. Si el CM clasifica una teoría de la conspiración como dañina, la junta continuará con las acciones apropiadas. A continuación, se podría exigir contractualmente a los clientes que bloqueen cualquier sitio y eliminen las cuentas asociadas con la teoría falsa. El CM controlaría su cumplimiento y continuaría rastreando la propagación o mutación de la teoría de la conspiración subyacente.

El tercer componente, la aplicación de la ley, requiere personal designado que se especialice en teorías de conspiración y sea capaz de determinar cuándo es necesaria y apropiada una acción legal. La ubicación de estas autoridades depende del sistema legal y político de cada país.

No hay tiempo que perder

Las teorías de la conspiración, antiguas y nuevas, están cobrando impulso, y se necesita una vigilancia constante para contener la propagación de aquellas que pueden socavar las instituciones democráticas y sembrar las semillas de la violencia. Aquellos que asumen el estatus de culto pueden vincular movimientos que de otro modo serían dispares y crear un frente unido contra la democracia liberal, como sucede con QAnon y su aparición en Europa. Cuando los partidarios de estos movimientos lleguen a creer que las élites están cometiendo actos criminales, se sentirán legitimados para llevar a cabo actos cada vez más imprudentes, como asaltar el Reichstag, un símbolo del renacimiento democrático.

Para las democracias del mundo, no hay tiempo que perder. Se necesita urgentemente un nuevo enfoque para abordar el problema. La clave está en centrarse en un mejor seguimiento, una gobernanza independiente y una intervención activa, y no confiar en el gobierno para que lidere el esfuerzo. El comportamiento oficial puede contribuir a un entorno en el que la mentira, la desinformación y las tonterías prosperen, arraiguen y se extiendan en la sociedad civil, y es ahí donde deben detenerse.

Helmut K. Anheier es profesor de Sociología en la Hertie School of Governance en Berlín y profesor adjunto de Bienestar Social en la Luskin School of Public Affairs de UCLA. Andrea Roemmele es Decana de Educación Ejecutiva y Profesora de Comunicación en Política y Sociedad Civil en la Hertie School of Governance de Berlín.